

Grandes haciendas y explotaciones agrarias en Francia, entre el siglo XVII y el siglo XIX. Por un intento de caracterización

Jean-Marc MORICEAU

«Por diversas razones, tuve que recurrir a menudo a los consejos de químicos, ingenieros, agrónomos, botánicos y zootécnicos, buscando poner en aplicación sus ilustradas opiniones, sacar el mejor partido posible a sus descubrimientos, y fue así como pude apreciar los felices efectos que resultan de la unión de la ciencia con la práctica».

Émile Pluchet (1845-1927), cultivador en Trappes (Sena y Oise)
Comptes rendus de l'Académie d'Agriculture de France, 1928, p. 2

«Soy un verdadero cultivador, en toda la acepción de la palabra, pero un cultivador en búsqueda de todos los progresos y como no podía realizar los progresos esperados mediante reformas económicas, me ocupé especialmente de los progresos derivados de la mejora de los medios de transporte y mis esfuerzos han sido coronados con éxito; los logré obtener, en 1876, gracias al pequeño ferrocarril, cuyo extraordinario desarrollo ha superado todas mis esperanzas».

Paul Decauville (1846-1922), «agricultor-industrial» en Évry (Sena y Oise)
L'Abeille de Seine-et-Oise, 2 de febrero de 1890.

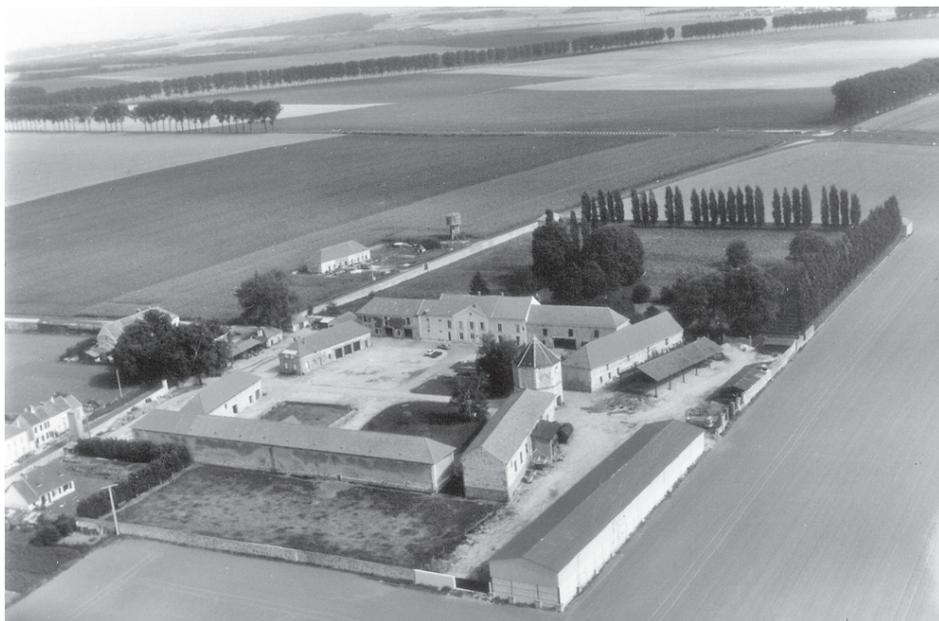


ILUSTRACIÓN 1. Un modelo de gran explotación agrícola aislada en Isla-de-Francia:
La explotación agrícola de Beauval en Plessis-Placy (Seine-et-Marne), en 1989.

INTRODUCCIÓN

En la investigación europea relativa al crecimiento agrícola de los tres últimos siglos, durante mucho tiempo se ha debatido acerca de las virtudes y de los defectos comparados entre la pequeña y la gran explotación agrícolas*. Si bien esta oposición ha proporcionado un acicate saludable a algunas manifestaciones científicas así como puntos de comparación a menudo fáciles a muchos desarrollos históricos, es necesario reconocer sus límites. No es difícil subrayar su interés, según lo que se coloque detrás de cada una de esas dos grandes categorías –las que se convierten rápidamente en estandartes de batalla, si para ello se prestan, aunque sólo sea mínimamente, tanto el área de investigación como la posición ideológica de sus protagonistas–.

Los historiadores franceses, como además buen número de sus homólogos europeos, han teorizado o generalizado rápidamente a partir de casos particulares. A falta de balances cifrados debidamente espacializados –comenzando por aquellos que las Estadísticas de Francia o los *Atlas agrícolas* del siglo XIX pueden aportarnos¹– los ángulos de análisis han sido generalmente locales o, en el mejor de los casos, regionales. Está poco garantizada entonces la representatividad de los «modelos» predilectos por algunos –aunque, cabe reconocerlo, útiles a veces para avanzar–. En sentido inverso, y a pesar de la aparente paradoja que presenta esta constatación, los análisis se revelan a menudo algo simplistas, sin tomar suficientemente en cuenta la diversidad y capacidad de adaptación propias a cada estructura económica, en contextos que necesariamente cambian y son diversos. Entre lo variopinto de las situaciones concretas a las que se ve confrontado el historiador y la atracción oportuna, pero a menudo peligrosa y siempre delicada, de las grandes categorías de análisis, el historiador de economía rural antigua se halla situado en una posición peligrosa.

Conviene esclarecer en dicho contexto qué es lo que se puede colocar detrás de los términos de «grande» y de «pequeña» explotación, en las épocas anteriores a los grandes cambios estructurales de la agricultura, antes de la segunda mitad del siglo XX. En la historiografía francesa abundan las monografías regionales o sociales que han tratado de la «gran explotación», desde el Medioevo hasta el siglo XIX. Se puede esbozar un balance limitándose al espacio francés. Para ello será importante precisar primero los criterios que han sido comúnmente admitidos para formar la categoría «gran explotación». Después, a la luz de los estudios existentes, podremos interrogarnos sobre la capacidad de cambio de

1 A este respecto, remitimos a nuestros lectores a la página web de la *Bibliothèque ancienne du Ministère de l'Agriculture* (Biblioteca antigua del Ministerio de la Agricultura de Francia), depositada en la *Maison de la Recherche en Sciences Humaines* (Centro de Investigación en Ciencias Humanas) de la Universidad de Caen, actualmente en vías de digitalización: <http://www.unicaen.fr/mrsh/bibagri/present.php>

dichas explotaciones, hasta las transformaciones resaltantes de fines del siglo XIX (a saber: la revolución de los fertilizantes, la mecanización y desaparición de los eriales). Para llegar a ello, adoptaremos una visión de largo plazo, tratando de abrir al máximo el objetivo de observación del espacio, a saber, el conjunto del territorio francés, pero con una orientación resueltamente «cerealera» e insistiendo en la región de la Isla-de-Francia* –*Ile-de-France*, la que en muchos aspectos proporciona una visión de lente de aumento de la evolución agrícola.

Previamente, se admitirá con bastante seguridad que tanto las grandes como las pequeñas explotaciones transitan por dos vías paralelas de desarrollo económico, a veces complementarias, a menudo divergentes. En este contexto, se dejará por sentado dos elementos distintos:

1. El innegable adelanto técnico y económico de la gran explotación, en la perspectiva de la acumulación de capital, la que es antes que nada su propia acumulación.
2. La necesidad de una profundización de los estudios sobre el período 1830-1950, dejado ampliamente de lado por los historiadores franceses.

En esta rápida exposición –tal como el lector lo notará inmediatamente– varias vías de investigación reclaman confirmación y profundización. En el estado actual de este balance, la constatación efectuada aquí es la de una aptitud particular hacia el «modernismo» agrícola por parte de la gran explotación².

1. PLANTEAMIENTO DE LOS PROBLEMAS

a) *Las fluctuaciones de la historiografía*

Durante mucho tiempo, el cuadro de la gran explotación ha sido considerado como el modelo privilegiado para el progreso en la agricultura: los fisiócratas desde el siglo XVIII, luego los economistas liberales y los marxistas lo han repetido a porfía... Únicamente la tenencia de un importante capital agrícola (*train de culture** –aperos de labranza–, stocks, liquidez, créditos, etc.) permitía enfrentar los imprevistos, tomar iniciativas, diversificar la producción y responder en el momento adecuado a la demanda de los mercados de consumo, en particular de las grandes ciudades. En esta supuesta capacidad de adaptación y en la importancia de los márgenes dejados al explotador agrícola consistiría la superioridad de la gran explotación. Esta visión ha sido retomada por los historiadores, desde *Los caracteres originales de la Historia Rural Francesa* de Marc Bloch (1931), quien vinculaba deliberadamente innovación económica, liberalismo e

2 Este texto, especialmente preparado para el presente dossier, retoma en buena parte una versión anterior ya publicada: Moriceau, 2004.

individualismo agrario, dentro del marco de las grandes explotaciones cerealeras del Norte y del Este de Francia.

A este esquema, de entrada hay que aplicarle algunos correctivos. Desde el siglo XVIII, los fisiócratas –quienes lo crearon– limitaron su prejuicio favorable solamente a las grandes explotaciones del Norte del Loira, a aquellas que funcionaban con caballos dentro del marco del arrendamiento agrario. Excluían los terrenos en aparcería, cultivados mediante yunta o enganche de bueyes, los que reunían en consecuencia una doble tara. Ese es el sentido del célebre artículo *Fermier**, «Arrendatario», de Quesnay, publicado en 1756 en la *Enciclopedia*. La superioridad del gran cultivo no se debe únicamente a la importancia de los capitales mobiliarios reunidos en torno a la explotación sino también al tipo de explotación del suelo y a los modos de su aprovechamiento.

En los años 1970, un cambio de orientación historiográfico, ligado a la preocupación por ingresar a nuevos campos de investigación y desmarcarse de cierta tradición –perceptible también en el aumento de las críticas respecto de la política agrícola común europea (PAC)* y los «excesos» del «productivismo»– condujo a valorizar las diversas formas de la pequeña explotación tanto en el siglo XIX como en el siglo XX. Este retorno se debe por una parte sin duda a un efecto de moda que privilegia los nuevos terrenos de investigación; pero señala también la inquietud por parte de los historiadores de no creerse a pie juntillas la Vulgata de la historia económica y querer destacar la flexibilidad y la diversidad de las economías antiguas. En algunos de ellos se acompaña quizás de una voluntad ideológica por defender un contramodelo de desarrollo, en el interior o fuera del capitalismo. Con este cambio historiográfico, la investigación ha permitido indiscutiblemente ampliar nuestros conocimientos y poner en valor algunos tipos de pequeñas explotaciones: en Picardía (Guy-Robert Ikni), en Alsacia (Jean-Michel Boehler), en el Franco Condado (Jean-Luc Mayaud), en el Norte (Dominique Rosselle, Ronald Hubscher), en Turena (Brigitte Maillard), por solo dar algunos ejemplos regionales. De ello se deduce una evidente revalorización de las capacidades de innovación y desarrollo de la pequeña explotación agrícola. Sin embargo, el resultado lleva a menudo, aunque sólo sea por comodidad pedagógica, a subestimar las ventajas de la gran explotación.

Más allá de una confrontación académica, los progresos de la investigación se deben al hecho de haber tomado en cuenta de manera más diversificada la pluralidad de vías de desarrollo agrícola posibles. Existen varios tipos de grandes explotaciones y aún más de pequeñas, según las orientaciones productivas propias de cada región. Para evitar las posibles amalgamas, se trata de fijar bien los términos de comparación haciendo una distinción según los sectores económicos. Por último, una mejor apreciación de las performances y su singularidad lleva a desarrollar una perspectiva monográfica que esclare-

ce los márgenes reales de libertad económica ofrecidos a los productores según los diferentes contextos³.

b) *En búsqueda de una definición*

Para efectuar comparaciones en el tiempo y el espacio, primero hay que ponerse de acuerdo sobre los criterios que definen la «gran» explotación. En términos «funcionales», la identificación parece bastante fácil. Sin embargo, en términos cuantitativos –superficie, volumen de producción, importancia del capital, etc.– la definición no cae por su propio peso. Desde el establecimiento del arado pesado, en el corazón de la Edad Media, hasta la generalización del tractor, a mediados del siglo xx, sólo podemos proponer hitos relativos e indicativos.

Un enfoque funcional cómodo

En el conjunto de las células de producción agrícolas, la «gran explotación» aparece como una empresa comercial que para poder funcionar requiere un motor o energía mucho más potente que el esfuerzo del hombre y que ha sido durante mucho tiempo una fuerza de trabajo animal. Dentro de los criterios generales que contribuyen a caracterizarla, hay por lo menos tres que no se prestan a discusión.

El *primer* criterio corresponde a la tenencia de un equipo de tracción completo (animales de enganche + instrumentos de labranza y transporte). En las sociedades rurales, la yunta o el «enganche de animales» constituye un factor económico que da acceso al «gran cultivo», asegurando las labranzas (3 o 4 en el transcurso del año para preparar las siembras de trigos), las estercoladuras (la producción de estiércol de patio y su transporte) y los abonos de los grandes dominios (transporte de marga). Únicamente los campesinos poseedores de aperos de labranza pueden multiplicar las maneras de cultivar en el transcurso del año y extender su explotación. Esta verdad es ampliamente válida desde el punto de vista espacial: desde el centro de la Cuenca parisina, en donde los arados denominados «de Francia», labraban en los siglos xvii y xviii hasta 38 áreas por día en invierno y 51 áreas en buena temporada, hasta incluso la isla de Córcega, en donde los arados insulares, enganchados a un par de bueyes, permitían trabajar unas veinte de áreas por día⁴. Fuera de la explotación misma, la posesión de yunta o enganche de animales de tiro permitía prestaciones de servicio de labranza o de acarreo, claramente localizadas en ciertas regiones como Borgoña o Alsacia⁵. Cierta número de estos labradores alquilaban así sus servicios a pe-

3 Chevet, 1992; Moriceau y Postel-Vinay, 1992.

4 París, 1978; Casanova, 1990, p. 75, y 1996, p. 286.

5 Saint-Jacob, 1960; Boehler, 1994, p. 1020 y sgtes.



ILUSTRACIÓN 2. El patrón de medida de la gran explotación agrícola: la importancia de la mano de obra. La explotación agrícola de Beauval en Plessis-Placy (Seine-et-Marne), a comienzos del siglo xx (Fotografía de 1900).

queños explotantes agrícolas, con quienes mantenían en su propio beneficio lazos de interdependencia (los «locatarios» o los «manobreros» en el centro de Francia). Otros rentabilizaban sus aperos de tiro siendo también cocheros.

El *segundo* criterio está signado por el recurso a un personal (asalariado) para efectuar tareas que superan las capacidades de la mano de obra familiar. La amplitud y diversidad de la oferta de trabajo erigían al jefe de la explotación, en diferentes grados, en un verdadero jefe de empresa. Por esta razón, empleaba éste tanto una mano de obra estacional (para las cosechas y la trilla de granos) y «permanente», contratada (y a veces renovada) para toda una estación en verano o en invierno (carreteros y boyeros conductores de arados y carretas, pastores y diversos guardianes de ganado, empleadas domésticas).

El *tercer* criterio es el de la orientación económica. En la gran explotación las finalidades de producción y los modos de gestión dependen estrechamente de los mercados. Aun cuando un sector secundario de autoconsumo pueda mantenerse, siempre es marginal. El objetivo del jefe de explotación es el beneficio comercial: sin excluir otras motivaciones –incluso culturales– la inserción máxima en los intercambios constituye una tendencia bastante general. Hasta el siglo XIX, la importancia de la comercialización provenía del número de yuntas o enganches de animales, tanto más cuanto que la mayoría de éstos podían transitar por camino como por llanura, en particular los caballos, uncidos de frente al



ILUSTRACIÓN 3. El patrón de medida de la hacienda o gran explotación agrícola: La yunta o enganche de animales. Tres caballos en línea, para llevar carretillas de paja o trigo
(Fotografía de 1900, hacienda en Vexin).

arado y en flecha a la carreta. Es aquí donde residía la independencia del productor que podía razonar en términos económicos.

En las llanuras cerealeras de la Francia del Norte y en el conjunto de la Cuenca parisina, estas características son patentes por lo menos desde el inicio del siglo XVIII. Pero su validez geográfica es todavía más general. En todas las regiones de Francia la distinción aparece más o menos nítida, en función del grado de concentración de las explotaciones y de la apertura del mercado. En Gatine potevina (actual departamento de Dos-Sèvres), la «aparcería» se distingue de la *borderie* por los aperos⁶. En los campos del Maine (actuales departamentos de Mayena y de Sarthe), el contar con un arado enganchado es privilegio de los «labradores» instalados en las «aparcerías» y casi no se lo encuentra en los «bordajes» o en las *closeries*, «jardines cercados», que son pequeñas explotaciones agrícolas en donde la labranza se hace primero a mano⁷. En Bretaña, en el país de Vannes (actual departamento de Morbihan), el habitual par de bueyes para el tiro y la yegua para los transportes fijan la diferencia entre los *tenuyers*, con frecuencia modestos, y la plebe de los jornaleros⁸. En Soloña (al sur del Loiret), se opera una distinción semejante entre aparcerías y *locatures*,

6 Merle, 1958, p. 102.

7 Antoine, 1994, p. 376-377; Plessis, 1998, p.293.

8 Le Goff, 1989, pp. 179-181.

algunas de estas últimas, como las «manobrerías» de Puisaye (departamento de Yonne), resultan siendo anexos de las primeras⁹.

Bajando hacia el Mediodía de Francia se vuelve a encontrar la misma oposición. En los campos del Centro, en el Charolés y en el Brionés (sur de Saona y Loira), el par de «bueyes de arado» anuncia en el siglo XVII al futuro «granjero» acomodado¹⁰. En Vivarais (actual departamento de Ardèche), el *ménager* es aquel que «tiene una aparcería y un buen par de bueyes», en oposición al labrador que «no tiene suficientes bienes para vivir si no hace además otra cosa¹¹». En la diócesis de Lodève (al noreste del departamento de Hérault), encontramos la misma realidad pero con inversión de términos: aquí los *ménagers* afortunados que disponen de animales de labor son designados bajo el término de «labradores», según una diversidad semántica regional que no debería de ocultar el parentesco de las estructuras. En la isla de Córcega el par de bueyes marca el umbral de la explotación con tracción. Solamente los ricos *lavoratori* disponen de ganado de tiro y transporte (bueyes, mulas, caballos) y prestan sus bueyes a los otros campesinos a cambio de un *boatico*¹². En el Narbonés, en la llanura del Minervois, sólo los «bailes», es decir los *ménagers* prósperos, disponen de pares de bueyes a los que añaden en complemento, en el siglo XVII, pares de mulas y vacas; en el caso de los más humildes, el burro sirve de animal de tiro¹³. Incluso en las regiones de montaña, en donde entran en juego otros criterios como la capacidad de invernada de los animales, la posesión de un equipo completo de labranza contribuye a distinguir entre los ricos «montañeses» y el común de los campesinos, como en Saboya¹⁴.

La yunta o enganche de animales es en consecuencia el patrón de medida de la concentración de las explotaciones. Por todo lado, en los *openfields* o en los bocajes, la dimensión de las grandes explotaciones se cuenta en función del número de animales de labor que pertenecen al explotante agrícola o que le son necesarios para poner en actividad ciertos dominios: «troncos» de caballos («aradas»), pares de «bueyes de arado» («yuntas»). Aunque existían infinitas variaciones según el número, la calidad y la naturaleza de los animales uncidos, la posesión de aperos de labranza era una inversión económica fuera de alcance para la mayoría de los campesinos (Véase cuadro 1).

En todas partes y en todas las épocas, el costo de la yunta o enganche de animales de base (animales de tiro + principales vehículos rodantes del tren trasero) sobrepasaba el año de trabajo de un simple jornalero agrícola. No sorpren-

9 Édeine, 1974, pp. 345-359.

10 Dontenwill, 1973, pp. 96-97.

11 Moliner, 1985, p. 144.

12 Casanova, 1996, p. 286.

13 Larguier, 1996, pp. 972-973.

14 Viallet, 1993, pp. 116-118.

CUADRO 1. PRECIO DE LOS APEROS DE TIRO DE 1600 A 1800
(Equipo de base: Yunta o enganche de animales completo)

REGIÓN Y ÉPOCA	VALOR TOTAL (INCLUIDO EL GANADO DE TIRO)	COMPOSICIÓN	REFERENCIA
Bretaña meridional(fines del siglo XVII)	113 libras (93 libras)	2 bueyes, 1 yegua, 1 arado, 2 carretas	GALLET, 1983, pp. 624-626
Bretaña central (inicios del siglo XVIII)	184 libras (135 libras)	<i>Idem</i>	LE TALLEC, 1996, pp. 115-125
Normandía occidental (Bessin fines del siglo XVII)	190 libras (140 libras)	3 yeguas, 1 arado, 2 carretas	PONCET, 2000, pp. 288-289
Bajo Maine(hacia 1730)	380 libras (200 libras)	2 bueyes, 1 yegua, 1 arado, 2 carretas	ANTOINE, 1994, p. 382 y 1998, pp. 220-245
Turena(fin siglo XVIII)	400 a 500 libras (300 a 400 libras)	<i>Idem</i>	MAILLARD, 1998
Isla-de-Francia(1600-1649)	250 libras (170 libras)	2 caballos, 1 arado, 1 carrito, 1 carreta	MORICEAU, 1994, pp. 895
Isla-de-Francia(1701-1733)	750 libras (600 libras)	3 caballos, 1 arado, 2 carretas	Muestra de 25 inventarios de arrendatarios
Isla-de-Francia(1750-1759)	1000 libras (850 libras)	<i>Idem</i>	Muestra de 17 inventarios de arrendatarios
Isla-de-Francia(1755-1789)	1250 libras (950 libras)	<i>Idem</i>	Muestra de 12 inventarios de arrendatarios

de que en este costo la parte correspondiente al ganado de tiro representase la mayor parte: alrededor del 70%. Con el refuerzo de la potencia de tracción, en el transcurso del siglo XVIII, el precio de los aperos de tiro o arar –como lo muestra el ejemplo de Isla-de-Francia*–, parece haberse acrecentado más rápidamente que el alza media de los precios¹⁵. El encarecimiento del enganche de animales entre 1600 y 1800 no hizo sino reforzar la discriminación económica en el seno del campesinado, tanto más cuanto que a ese costo había que agregarle el del mantenimiento y la alimentación forrajera que comenzó, tímida y sectorialmente, a diversificarse.

Una brecha muy conocida separaba entonces dos tipos de campesinado: el «pequeño», que carecía de enganche, y los «grandes», que disponían de la fuerza de tracción animal (y de equipo, los «arneses» o «arreos» necesarios). Esta brecha se acrecentó sin duda en la época de Luis XIV; es más, llegó a delinear una identidad social que tanto el pueblo como el rey reconocían. Las instituciones la tomaban en cuenta desde mucho tiempo atrás: a mediados del siglo XIII, en las exigencias laborales que imponían a sus campesinos, los señores de Champaña distinguían claramente entre faenas con caballos y faenas a mano. A su vez, el

15 Moriceau, 2004, pp. 210-235.

Estado retomó estas distinciones. La administración monárquica fijaba los privilegios en materia de tamaño a uno, dos o tres arados de labranza; la faena real, en 1738, sigue distinguiendo entre servicios de acarreo, efectuados por los labradores provistos de yuntas o enganche de animales, y trabajos a mano, realizados por los otros. En el manejo comunal, la deliberación en la toma de decisiones y la elección de vigías de cosecha distinguían a menudo entre aquellos que tenían «arado completo» y los cultivadores parcelarios.

Sea cual sea el ángulo bajo el cual se considere el asunto, nos encontramos frente a una explotación completa (y no parcelaria), «autónoma» (y no dependiente), marcada en el paisaje por la asociación entre un centro de la explotación agrícola perfectamente localizable y un conjunto parcelario más importante que para la mayoría de los cultivadores. La mayoría de los agrónomos han escrito pensando en el dueño que dirigía la explotación, y ello desde la Antigüedad hasta el siglo XIX, desde el *Económico* de Jenofonte hasta la *Nueva casa rústica* de los seguidores de Liger. En el paisaje como en las estructuras agrarias, la singularidad de la gran explotación agrícola se traduce mediante apelaciones regionales particulares: un «dominio» (en el Mediodía por ejemplo), una *cense* (en el Norte), una «hacienda» (en la Cuenca parisina), una «aparcería» (en el Oeste), etc.

c) Un enfoque cuantitativo delicado: el problema de los límites de la separación

Más allá de estos criterios generales, cuya importancia recíproca podía variar, es más difícil darles una definición cuantitativa.

Un umbral mínimo: el «arado» de explotación

Fuera de las regiones donde la actividad dominante es la ganadería (esencialmente las montañas), el único criterio que me parece pertinente, aun cuando pierda algo de fuerza a partir de 1700, es el del «arado» completo (o «par» de labranza). Sea cual sea el modo de puesta en valor, ya sea de aprovechamiento directo (con mozos de labranza, criados, regidores) o indirecto (arrendamiento o aparcería), o el uso del suelo (importancia de los eriazos, los bosques y los pastos), la medida es idéntica, a saber: la superficie de tierra «labrable» puesta en valor en el transcurso de un año por una tracción. Esto vale desde el siglo XIII en la distribución de los cargos en el pueblo: los documentos medievales así lo indican, según las regiones: la «arada» (o «arado de labor») o la «yunta».

Pero, ¿cuál era la consistencia de este umbral? Evidentemente, éste variaba según los tipos de cultivos, las condiciones agro-pedológicas, las regiones, el grado de agrupamiento parcelario o dispersión parcelaria, las opciones y obligaciones del explotante agrícola. Sin embargo, teniendo siempre presente esta diversidad, se pueden extraer algunos criterios de tamaño (Véase cuadro 2).

CUADRO 2. EL ACCESO AL GRAN CULTIVO CEREALERO:
ALGUNOS UMBRALES DE EXPLOTACIÓN

SUPERFICIE	REGIÓN	TIPO DE TRACCIÓN	ROTACIÓN	PRECISIÓN	REFERENCIA
33-48 ha	Normandía	Arado y caballos	3	Gran «Arada» de 60 acres	MIGUET, 1995, p. 16
45 ha	Béthune (mediados del s. XVIII)	Arado y caballos	3	«Gran» arado de 3 caballos	ROSSELLE, 1984, p. 412
37 ha	Beauvais y Valois (fines del s. XVIII)	Arado y caballos	3	Arado de 75 arapendes «planos»	IKNI, 1993, p. 245
35 ha	Isla-de-Francia (1760-1790)	Arado y caballos	3	Arado de 3 caballos	MORICEAU, 1998, p. 216
31 ha	Isla-de-Francia (1540-1760)	Arado y caballos	3	Arado de 2 caballos	MORICEAU, 1988, p. 216 y 1994, p. 855
30 ha	Flandres Marítima	Arado y caballos	3	«Gran» arado de 4 caballos	VANDEWALE, 1994
30 ha	Planicies de Borgoña	Arado y caballos	3		SAINT JACOB, 1960, p. 99
20 ha	Valle de Saona	Arado con caballos o bueyes	3	4 caballos o bueyes	SAINT JACOB, 1960, p. 99
20 ha	Turena	Arado y bueyes	3	Arado de 2 bueyes	MAILLARD, 1998, p. 123 y 221
20 ha	Alto Maine	Arado y bueyes	3		BOIS, 1960, p. 432
12-15 ha	Périgord (s. XVIII)	Arado y bueyes		Dos pares de bueyes	MANDON, 1989, p. 491
12 ha	Lauragais	Arado y bueyes		Un par de bueyes	MARANDET, 1998
10-15 ha	Armagnac	Arado y bueyes		Un par de bueyes	Según Francis Brumont
10 ha	Causses	Arado y bueyes		Un par de bueyes	MARRES, 1935, p. 26

Al margen de situaciones extremas, el arado completo puede ser evaluado dentro de una gama comprendida entre 10 y 35 hectáreas (a menudo 30 ha con caballos, 15 ha con los bueyes). El tipo de la yunta o enganche de animales (ligado en sí a la estructura económica de las explotaciones) introduce pues un factor de variación que va de 1 a 2. Simplificando mucho, se admitirá que el **umbral mínimo de la gran explotación puede establecerse en aproximadamente 30 ha al norte del Loira y en 15 ha al sur** (pero también 30 o más si se toman en cuenta las tierras no labradas). Aunque manteniéndose en límites cercanos, estos umbrales han podido acrecentarse en algunas regiones a partir del siglo XVIII.

Ellos eran ampliamente representativos en el espacio y escasamente elásticos. Sin embargo, tales umbrales aumentan¹⁶ apenas los explotantes agrícolas substituyen un tipo de enganche de animales por otro, como algunos maestros de

16 Moriceau, 1993.

posta (*Mâîtres de poste**) normandos en el siglo XVIII, o en cuanto se les ocurre reforzar la capacidad de tracción, como los arrendatarios de Isla-de-Francia desde fines del siglo XVII.

Un umbral más restrictivo: 2 arados de explotación

Adoptando esta definición bastante amplia, la observación que se efectúa sitúa bastante bien la explotación agrícola con fuerza de tracción, independiente respecto a la multitud de «pequeñas» explotaciones parcelarias, desprovistas éstas de alguna tracción. Pero incluye aún numerosas explotaciones de carácter familiar, en las que el recurso al trabajo asalariado es limitado y el autoconsumo bastante fuerte. De tal modo que es posible proponer un umbral más restrictivo.

Este segundo umbral, que corresponde a dos arados, señala también un salto cualitativo. Situado por encima de las capacidades familiares en mano de obra, obliga a recurrir ampliamente al trabajo asalariado permanente; también porque colocado más allá de las capacidades de fertilización en estiércol de granja, dicho umbral justifica la introducción de un rebaño de ovejas (y el empleo de un pastor doméstico); y también porque más allá de los simples imperativos de «reproducción» campesina, dicho umbral diseña una orientación resueltamente comercial de la producción. Entonces la barra se eleva a aproximadamente 50/60 ha en el Norte y 30 ha de tierras labrables en el Oeste o en el Mediodía (y en realidad 40/50 también en razón de la extensión de los eriales y apacentaderos).

Indiscutiblemente, más allá de esta capacidad económica ya estamos en la gran explotación. Pero una valla semejante plantea entonces el problema de la naturaleza de las explotaciones comprendidas entre 1 y 2 arados. Durante mucho tiempo, se las ha colocado en nuestra categoría de análisis. No obstante, el proceso de acumulación de fincas y concentración de explotaciones agrícolas, que vemos desarrollarse desde los años 1650, ha marginalizado un poco el interés por este primer nivel para el siglo XVIII. Para algunos historiadores, allí se encuentra, sobre todo a partir del fin del Antiguo Régimen, un «mediano campesinado», que se considera a menudo como emblemático de una evolución económica «ponderada», por ser respetuosa de los equilibrios sociales: el explotante agrícola con un solo arado asegura la reproducción de una familia sin desequilibrar la sociedad rural. A medida que el tamaño de las fincas se eleva (a partir de 1650 y sobre todo 1680) este tipo de gran explotación, mayoritaria por mucho tiempo, llega a representar un modelo de desarrollo económico y social, que se pone de relieve al inicio de la Revolución Francesa. Es por lo demás en el seno de este grupo en que se inscriben, durante la segunda mitad del siglo XVIII, gran parte de los escenarios y protagonistas de la protesta rural contra el liberalismo económico. Los autores de quejas en 1789, y después de peticiones revolucionarias contra la acumulación de fincas, provienen de estos «pequeños» labradores, acosados por la concentración económica.

Son bastante elocuentes al respecto las peticiones de los pequeños arrendatarios, engullidos por los grandes, como Frotié, por ejemplo, labrador en Villejuif, al sur de París, quienes manifiestan a la espera de una reforma agraria:

«En varios lugares del campo, los arrendatarios tienen la insolencia de decir que son más que los gentiles hombres; nosotros tenemos el dinero {...} y el dinero lo hace todo; en años anteriores, con mitad de ganancias de lo sacado este año, han comprado tierras, fincas, albergues, por toda parte. ¿Cuánto van a comprar este año?»¹⁷».

Otros historiadores, siguiendo las huellas de Pierre Goubert, descubren la «mediana» explotación, situada justo por debajo del límite de 1 arado, entre los explotantes agrícolas que trabajan con «partes de arado» («medio explotantes», «habichueleros» del Beauvaisis, u otros como los *saussons* del país de Yvelines, o los *consors*), obligados a asociarse de a dos o de a tres para poder trabajar. Tanto en uno como en otro caso, las definiciones son híbridas en relación con las estructuras. La «mediana» explotación sigue siendo una categoría económica confusa. Y en parte corresponde a cierto arcaísmo de las estructuras: para antes de 1650, se consideran como «medianas» a explotaciones que antiguamente eran grandes. Finalmente, la única oposición verdadera sigue siendo la que existía entre la pequeña explotación (mayoritariamente familiar y manual) y la grande, por ambos lados de la valla inicial de un arado.

2. ALGUNOS CRITERIOS DE CAMBIO

Más allá de la profunda diversidad de las estructuras, inherente a la gran explotación, tratemos de desprender algunos factores de evolución. Los arrendatarios de Isla-de-Francia ofrecen un ejemplo sin duda sintomático y un poco aumentado de las modalidades del cambio.

a) *Una mejor inserción en los mercados*

Plenamente comprometida en la comercialización y tributaria de una mano de obra exterior, la gran explotación agrícola busca primero el cambio mediante la reducción de los costos de producción, transporte y comercialización. A la espera de perfeccionamientos técnicos que vendrán del progreso de las ciencias agrónomas, dicha gran explotación se torna primero hacia la comercialización. Dentro de esta perspectiva, lo primero que han buscado los explotantes agrícolas ha sido el asegurar una valorización de su producción.

17 Lefebvre, reedición 1954, pp. 58-80.

Una valorización comercial de la producción agrícola

Este afán condujo primero a un proceso de especialización (decadencia del morcajo en beneficio del trigo candeal entre 1600 y 1800, el *couchage en herbe** a partir de 1600, concentración de la ganadería de engorde), el mismo que desembocó enseguida en un proceso de especulación e integración que, muy a menudo, abraza un recorrido paulatino y progresivo en el tiempo. Por comodidad, se lo podría resumir así:

- 1º) Concentración de derechos y tierras (desde el siglo xv, con una aceleración después de 1650).
- 2º) Toma de control sobre el sistema feudal (derechos señoriales y diezmos) a fines del siglo xv y a todo lo largo del siglo xvi.
- 3º) Adjunción con industrias «agroalimentarias» de transformación, hacia adelante, primero bajo la forma de una asociación trigo-harina mediante compra de molinos (segunda mitad del siglo xviii) y después gracias a la creación de fábricas (destilerías, feculerías, aceiterías, etc.) entre 1820 y 1870.

Para asegurarse el mejor ingreso posible, los grandes explotantes agrícolas se esforzaron por mejorar las condiciones de venta de su producción. Buscaron también la diversificación de las salidas comerciales hacia las ciudades (sentido primordial del auge de los prados artificiales desde fines del siglo xvi, orientaciones secundarias hacia forrajes y pajas, leche o queso). Para aprovechar al máximo la coyuntura desarrollaron prácticas de ventas fuera del mercado (ventas mediante «muestras») que eludían las redes comerciales establecidas y moderaban al mismo tiempo la competencia interna (a partir de fines del siglo xvii). Siendo ampliamente denunciada por la administración, la ganancia real de estas prácticas no ha sido evaluada aún de forma precisa.

El progreso de los transportes se caracterizó particularmente por el paso del vehículo de 4 ruedas al de 2 ruedas y por el refuerzo de los enganches de animales (por ejemplo tres caballos en vez de dos); también estuvo marcado por el aumento del uso del hierro en los ejes y el aumento de las capacidades de transporte en carretera (entre 1650 y 1720 en Isla-de-Francia*¹⁸). La mejora de la calidad comercial de los productos jugó a favor de la introducción de instrumentos de embalaje (la «aventadora» a partir de 1750) y de la unificación de las medidas (medida de «río» para la circulación por vía acuática).

b) *Una reorganización de la estructura interna de las explotaciones agrícolas*

Desde los años 1960, las grandes monografías existentes han puesto de relieve las transformaciones operadas por los explotantes agrícolas para acrecentar

18 Moriceau, 1994, pp. 288-294.

en todos los campos posibles su productividad agrícola. El síntoma más manifiesto es la concentración de las explotaciones agrícolas, a través de agrupamientos parcelarios, acumulaciones de fincas y consolidación de cultivos (intercambios de cultivo), perceptibles desde la segunda mitad del siglo XVII. Los grandes arrendatarios de Isla-de-Francia* dan entonces un verdadero salto cuantitativo, produciéndose una triplicación del promedio de la muy grande explotación agrícola (pasando de dos arados a 6, o sea de 30 a 180 hectáreas aproximadamente¹⁹).

Se efectúan entonces cambios menos visibles en la organización del trabajo. Después de 1750, la jerarquía se acentúa en el seno del personal; entre el jefe de la explotación y los obreros se interponen los contraamaestres; se multiplican las economías de escala a través de la reducción de la mano de obra por superficie. A fines del siglo XVIII y a todo lo largo del siglo XIX, el alza de salarios acrecienta este proceso, hasta la llegada, bajo el Segundo Imperio*, de una mano de obra extranjera. Innegablemente, la gran explotación se afirma como un yacimiento de alta productividad, más o menos explotado según la coyuntura y la personalidad del empresario.

Por otra parte, la gran explotación consolida su control sobre los bienes raíces. A partir de la Revolución de 1789, la seguridad de explotación aumenta debido a la prolongación de los contratos por lo menos en el marco familiar y a veces gracias a propietarios ilustrados (de 15 años a 27 años, o sea dos o tres veces más que la duración ordinaria de 9 años), pero en una medida limitada que habría que precisar. Las estrategias de adquisición de tierras, dentro del marco de los dominios de Antiguo Régimen y después en el de las ventas de los *Bienes Nacionales* (Véase en este dossier, el artículo de Bernard Bodinier; *ndle*), izan a cierto número de explotantes agrícolas a la categoría de «propietarios-cultivadores». Aquí también, la importancia del fenómeno, que parece desarrollarse a partir de 1750, necesita ser estudiada en el futuro.

El control acrecentado sobre las tierras se traduce en una flexibilización de la reglamentación de los contratos, a favor de la mayoría de los explotantes agrícolas que no han adquirido la propiedad de su explotación. Este liberalismo se oficializa en los contratos: libre disposición de las pajas, no obligación de barbecho, libertad de alternar cultivos, etc., dentro de límites razonables (reestableciendo en principio la rotación vigente para los últimos años del contrato). En ciertos casos, el poseedor o cesionario llega a reconocerle al explotante agrícola la «facultad de seguir el modo de cultivo que se le ocurra»²⁰. Los márgenes de libertad aumentan y favorecen las iniciativas en materia de modernización técnica.

19 Moriceau, 1994, pp. 613-637.

20 Así en 1818: Moriceau y Postel-Viney, 1993, p. 62.

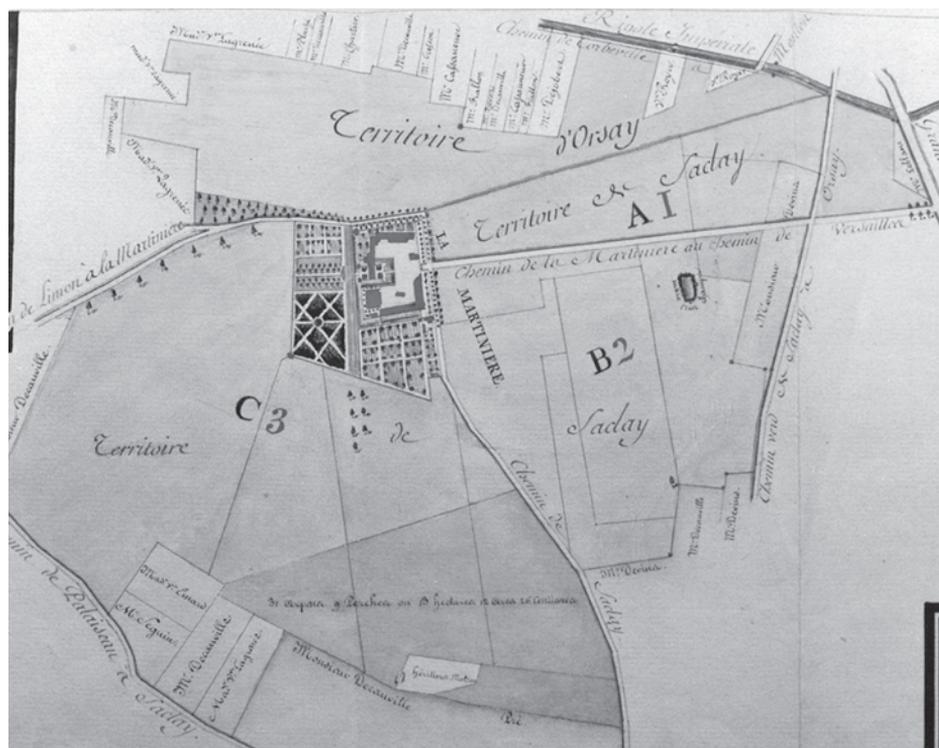


ILUSTRACIÓN 4. Adquisición de una gran explotación agrícola, en 1785, denominada la Martinière, en Saclay (Seine-et-Oise), comprada por el arrendatario Pierre-Joseph Decauville (*Partage Decauville, 6 juin 1812, Archivos Nacionales de Francia, MC, XXVIII, 857*).

c) Un ingreso a la modernización técnica

Tres sectores complementarios han sido susceptibles de transformaciones técnicas.

a) El ganado

Al ser los primeros interesados en la valorización de su ganado, por la carne, la leche, la lana o el tiro, los grandes explotantes agrícolas se lanzaron rápidamente en las primeras selecciones animales. Su acción real para la mejora del rebaño merecería estudios específicos. Mientras tanto, contentémonos con señalar el rol de los grandes arrendatarios, luego de los «aristócratas-cultivadores», en la merinización que se opera en el período comprendido entre el Tratado de Basilea (1795) y la Paz de Amiens (1802). Entonces experimentan ellos la clavelización con sus carneros merino, efectúan cruzamientos particularmente con el dishley-merino. Desde 1840, es por ejemplo Émile-Vincent Pluchet, cultivador de la región de Trappes entre 1816-1887, quien lo difunde en Sena y Oise y en Oise. En

1855, su lote de carneros dishley-merino, presentado en el palacio de la industria en la Exposición Universal, le vale las felicitaciones personales del Emperador.

«Aquí tenemos carneros que salen de lo ordinario, señor Pluchet. Nosotros lo haremos también salir de lo ordinario».

En 1862 los expone en Londres y en 1867 el jurado de la Exposición Universal distingue una «raza de Trappes» que lleva el nombre de su explotación.

b) Los instrumentos de labor

Localmente y a menudo en la discreción, los jefes de explotación buscaron adaptar procedimientos e instrumentos de cultivo, sacando provecho de los modelos de regiones vecinas, de las experiencias y de sus lecturas agronómicas. A partir de 1760, la boga de la agromanía refuerza y hace más evidente dicho movimiento. Este se desarrolla también, a fines del siglo XVIII y en la primera mitad del siglo XIX, paralelamente a las transformaciones en las orientaciones productivas (carne, betarraga, colza, oleaginosos, etc.). Con un tipo de instrumental que parece haber variado poco desde la Edad Media —¿será tan cierto?—, se ven aparecer elementos nuevos durante los años 1770 y 1780²¹. En los campos parisinos hay arrendatarios que confeccionan instrumentos de labor más expeditivos (arados de varias rejas, arados rastrojeros) y adaptan nuevos tipos de rotaciones (cuatrienales y quinquenales).

La identificación de este nuevo material se refuerza a inicios del siglo XIX. Instrumentos específicos llevan el nombre de los agricultores que los diseñaron: el rastrillo triciclo «Bataille» en 1830, el arado «Pluchet» en 1833, dotado de un tren delantero de nuevo tipo que permite labrado profundo y regular.

c) El inicio de la mecanización

La búsqueda de ganancias de productividad y autonomía por parte de una mano de obra cada vez más exigente condujo, entre 1840 y 1860, a la mecanización de la trilla, primera etapa hacia la modernización de las técnicas de cosechas. Aquí también figuran como pioneros los grandes explotantes agrícolas, esto es, los primeros interesados: en su granja de Trappes, Vincent-Charlemagne Pluchet introdujo la máquina de trillado desde 1825. Para otros arrendatarios, en los alrededores de París, el inicio se sitúa por 1832-1833. La mentalidad empresarial encuentra entonces numerosas aplicaciones.

En avance extremo, como para los Decauville, se llega al caso de «agricultores-industriales», como ellos se denominan a sí mismos, entre 1860 y 1870. En las casi 700 hectáreas de su explotación agrícola de Petit-Bourg, en Évry, Amant

21 Moriceau, 2002, pp. 233-235.

Decauville instala primero un taller de montaje de destilerías, y luego de mantenimiento y reparación de locomóviles. En 1867, la finca de Petit-Bourg es una de las primeras explotaciones francesas en haberse mecanizado y su patrón alcanza renombre internacional gracias al ferrocarril de vía estrecha al que le da su nombre («ferrocarril Decauville») y cuyo destino primero es el transporte de betarraga.

Que un Pluchet haya podido realizar «la unión de la ciencia y la práctica» o que un Decauville haya sido un «cultivador en búsqueda de todos los progresos» –como se ha visto en epígrafe– no se explica solamente por razones particulares. Más allá de la indiscutible personalidad de sus autores, estas realizaciones ponen de manifiesto la capacidad de innovación propia del mundo de los grandes explotantes agrícolas.

3. LAS FUENTES DEL PROGRESO AGRÍCOLA

En la base: La adquisición de una cultura científica y técnica

Desde mediados del siglo XVIII, se despierta el interés de los arrendatarios por las lecturas agronómicas. Su afición cultural mayoritaria, la misma que aparece poco en sus inventarios en razón misma de su carácter anodino, corresponde a los manuales de agricultura práctica, concretos y de uso inmediato, como la *Nueva casa rústica*. Ahora bien esta obra, que fue sin duda alguna más difundida que *El teatro de la agricultura* de Olivier de Serres –André Bourde la encontró incluso en una casa de campo cevenol²²–, sufrió una transformación esencial en su tercera edición en 1721, cuando el texto de su autor, Liger, fue revisado, corregido y completado por «una persona más ilustrada y mejor instruida de los secretos de la Agricultura». Con la edición de 1743 –la quinta– el volumen casi dobló en extensión. Si el texto original de Liger, de 1700, vale más de lo que su reputación de compilador podría dejar presumir, el de las ediciones siguientes incluye una parte creciente de los avances del siglo: manteniéndose fiel a la agricultura tradicional, la *Nueva casa rústica* vulgariza los nuevos procedimientos. Remitiéndonos por ejemplo al capítulo sobre los prados artificiales: la esparceta y la alfalfa ocupan, de una edición a otra, un lugar creciente; el texto de 1700 no dice nada del trébol que aparece, a título informativo, en 1743, pero en cambio, en 1763, es objeto de un acápite para su uso práctico. Fuera de esta Vulgata clásica, la presencia de títulos «modernos» como el *Diario de la agricultura* (*Journal d'Agriculture*) o el *Tratado del cultivo de las tierras* de Duhamel du Monceau, señala el afán de una élite de probar algunos procedimientos nuevos²³.

22 Bourde, 1967, t. III: p. 1568.

23 Moriceau, 1994, pp. 47-49.



ILUSTRACIONES 5A Y 5B. Dos grandes arrendatarios y notables, a fines del siglo XVIII.
5A. Simon Bocquet, arrendatario en Juilly (Seine-et-Marne). 5B. François Guibert, arrendatario en
Crouy-sur-Ourcq (Seine-et-Marne). (*Colecciones particulares*).

Si la literatura fisiocrática no tuvo mayor alcance en las prácticas agrícolas, sin duda alguna no ocurrió lo mismo con los escritos agronómicos, cuando éstos supieron mantener una dimensión antes que nada práctica. Destinados a los agricultores «ilustrados», ¿no los habrán efectivamente afectado a éstos, aunque sólo haya sido parcialmente? Habría que retomar el tema, sobre todo para el caso de las elites rurales al acecho de innovación, como los grandes arrendatarios o los maestros de posta (*Maîtres de poste**) en quienes se descubre a la vez lecturas agronómicas, innovaciones técnicas y audacias comerciales.

A diferencia del común de los labradores, los grandes arrendatarios estaban abiertos a las novedades gracias a su formación cultural y su información científica. A fines del siglo XVIII se observa en algunas bibliotecas la alianza de una sólida educación clásica, que unía las humanidades con una formación científica ligada a las matemáticas. Ella recuerda el paso por los colegios (en los mismos bancos de clases) de las elites urbanas, burguesas y nobiliarias, con personajes como Juilly, a quien permanecen fieles cierto número de arrendatarios con la llegada del siglo XIX. Bajo el Imperio y la Monarquía censitaria, encontramos a hijos de arrendatarios en los grandes establecimientos escolares de la región (Liceo de Versalles) y en las instituciones y pensionados privados parisinos (Colegio Sainte Barbe, etc.). Para los mejor dotados y más hábiles, son el Liceo Enrique IV y el Liceo Luis el Grande los que reciben a los hijos de agricultores que entrarán a Politécnico (*Polytechnique**) o a la Escuela Normal Superior (*Ecole normale supérieure**), pero también a algunos que proseguirán en la gran agricultura como Félix Testard y Vincent Pluchet bajo el Segundo Imperio.

Aunque desigual, según los grados de fortuna y relaciones de los padres, la asistencia al colegio les garantiza a los hijos de arrendatarios una buena cultura burguesa, que los prepara para su rol de gestionarios. En determinadas familias, la curiosidad por la profesión y el afán por asegurar algún progreso pueden facilitar el tránsito desde una formación intelectual clásica hacia una cultura especializada; lo que hace que no haya que asombrarse al encontrar dicho perfil en las elites técnicas del mundo agrícola.

Mucho menos difundida, pero totalmente sintomática por su precocidad, la búsqueda de una sólida formación técnica manifiesta cierto «progresismo» agrícola. Tres ejemplos permiten formarse una idea de ello, lo que habría desde luego que precisar aún más, también en este caso, con investigaciones específicas. En la escuela de agricultura de Roville, Mathieu de Dombasle recibe como alumno a Charles Petit (1821-1907), antes de que pueda hacerse cargo de la finca de Champaña, en Savigny-sur-Orge, al sur de París²⁴. Su discípulo, Émile-Vincent Pluchet (1816-1887), pasa dos años en el sur de Alemania, en Wurtemberg, en la Escuela de agricultura de Hoheenheim dirigida por el célebre agrónomo Schwertz en 1835-1836²⁵. Por último, Alphonse Decauville (1863-después de 1919), tras estudiar en el Liceo de Versalles y efectuar una pasantía agrícola en Trappes, donde los Pluchet, completa su instrucción realizando viajes en la Moravia austriaca, Argelia y Túnez, antes de instalarse, en 1887, en una finca de 165 hectáreas en Voisins-le-Bretonneux (Yvelines)²⁶. A nadie le cabe duda de que la emulación creada por los vínculos familiares y la experiencia de los mayores favorece, por contagio, un afán de alta formación agrícola.

En la cúspide: la toma de control de los organismos agrícolas

En consecuencia, de manera totalmente natural, estos «agricultores», una vez formados y habiendo dado prueba de sus aptitudes, trabajan en la dirigencia de las organizaciones profesionales a lo largo del siglo XIX, llegando incluso a crear su propio órgano de representación.

Se los nota primero en las diferentes Sociedades de Agricultura, en donde destronan a la alta nobleza después del año 1830: estos organismos locales, de carácter asociativo, son a la vez tribunas, centros de experimentación y sociedades de fomento del progreso agrícola. En los departamentos y los distritos franceses, las sociedades de agricultura inspiran a menudo los círculos de labradores. En Sena y Oise el círculo fue fundado en 1834 por Petit, arrendatario de Champaña, en cuya casa tuvo lugar la primera reunión de 1835: bajo la Monarquía de Julio, junto con los agricultores, la Escuela Nacional de Agronomía de Grignon comparte

24 Expediente por la prima de honor de Sena y Oise, 1891, p. 7.

25 *Bulletin de la Société d'agriculture de Seine-et-Oise*, 1888, pp. 265-291.

26 *Ibid.*, anuncio necrológico hecho por su yerno Eugène Pluchet.



ILUSTRACIONES 6A Y 6B. Un matrimonio de grandes propietarios-cultivadores en el siglo XIX, en Trappes (Seine-et-Oise): Vincent-Charlemagne Pluchet (1774-1837) y Geneviève Michaux (1780-1845).
(Colección particular).

este rol instigador; las reuniones se llevan a cabo en las grandes explotaciones agrícolas. En 1836, el círculo se reúne en el fundo de Mortières, en Tremblay-en-France, en casa de Testard; en 1840, hace lo propio en la finca de Vaulerent, al norte de París. La presencia de estos agricultores se observa hasta en niveles superiores, como en las Comisiones Centrales de Agricultura (1850), Cámaras de Agricultura (1851-1865) y en el Consejo de Agricultura (1819-1820, 1828).

Su progresismo económico va acompañado, en el plano social, de un paternalismo que no tiene nada que envidiar a la aristocracia legitimista. Aquí también se podrá esclarecer esta acción con estudios futuros. De todos modos, la posición de los arrendatarios desemboca, en setiembre de 1867 (por parte de varios de ellos), en la creación de la Sociedad Nacional de Agricultores de Francia; la que se produce durante el concurso internacional de labranza a vapor organizado en su finca de Petit-Bourg por Amant Decauville (1821-1871). Émile-Vincent Pluchet fue su vicepresidente de 1875 a 1887, y su hijo Émile-Henri Pluchet (1845-1927) presidente en 1902.

La importancia de la posición económica de los arrendatarios es tal que les abre las puertas de la dirección de algunos sectores de la industria o la banca. Stanislas Testard (1834-1904), granjero en Gonesse, y cuñado de Pluchet, pasa a ser así presidente del sindicato de los fabricantes de azúcar de 1893 a 1898 y colaborador de Méline²⁷. Finalmente el Banco de Francia reserva uno de sus

27 *Bulletin de la Société d'agriculture de Seine-et-Oise*, 1904, necrología.



ILUSTRACIÓN 7. Un ejemplo de paternalismo social en el siglo XIX: Vincent-Charlemagne Pluchet trata de aliviar la miseria en su explotación agrícola de Trappes, en 1817. (*Colección particular*).

asientos a un representante de la Agricultura quien, justamente, proviene del mundo de los grandes explotantes agrícolas (Henri Besnard y después Émile Pluchet en 1915).

Estas posiciones son tanto muestras de influencia como de reconocimiento social. En el momento de su fallecimiento Émile-Vincent Pluchet, dejó un suntoso medallero, con más de 100 condecoraciones, entre las cuales podemos mencionar la Legión de Honor que le había sido entregada en persona por el Emperador Napoleón III.

Casi siempre: la asociación entre el espíritu de innovación y el capital dinástico

El espíritu de empresa es mantenido por decenas de dinastías agrícolas. Tan solo la realización de monografías familiares, como la efectuada con los Chartier, del norte de París, permiten destacar la parte personal de los individuos y el rol de las redes de parentesco en el modernismo agrícola. Habría que utilizar muchas de aquellas monografías que ya fueron efectuadas; otras tendrían que ser hechas o reconstituidas. Para terminar con esta presentación, he aquí el ejemplo de

los Petit²⁸. Desde 1690, llevan un diario de registro y desde 1699, ocupan fincas al sur de la capital. Bajo Luis XIV, Pierre (1680-1749) no duda en plantar un quinto de su explotación con esparceta y alfalfa (17 ha), mientras multiplica los cultivos forrajeros sobre la segunda parcela: junto con la avena hay habas menores, habas, frejoles, arveja, cebada, pero hay también guisantes gruesos y pequeños, de tal modo que sobre 93 hectáreas solo se descubren 12 en barbecho: menos de 15%, todo un récord de cultivo intensivo, digno de la planicie flamenca para este joven granjero de 32 años quien, en 1713, tenía 120 volúmenes en su biblioteca! En la generación siguiente, en 1744, Jean Petit (1719-1774) se instala en Champaña, en Savigny-sur-Orge, en una soberbia y grande finca de patio cuadrado en pleno campo con sus 180 hectáreas de un solo bloque. Con él, la situación de Champaña, que vegetaba con los arrendatarios anteriores, adquiere otro perfil. Todo funciona bien y nuestro hombre, aficionado a los forrajes como su padre, apuesta masivamente por la avena y los prados artificiales. Él también es buen lector pero esta vez se llega a conocer más su curiosidad puesto que, en 1774, a su fallecimiento, en el inventario que hace el notario aparece una *Casa Rústica* –verdadero Larousse agrícola del siglo XVIII– y un *Parfait Maréchal* de Soleyssel. Nuestro hombre es un apasionado de agricultura: prueba de ello su tabaquera de carey, que comporta un medallón que representa a Sully, a los pies de Enrique IV... Labranza y pasto, el *gran ministro* había encontrado así a uno de sus émulos.

Dos generaciones después, Charles-Pierre Petit (1770-1823) experimenta en Champaña la clavelización sobre los carneros merino y recibe a título de estímulo y aliento uno de los más hermosos carneros del rebaño de Rambouillet²⁹. El 30 de setiembre de 1834, su propio hijo, Jules Petit (1796-1868), fue uno de los fundadores, junto con Émile Pluchet, del Círculo agrícola de Sena y Oise: muy naturalmente el primer círculo se reúne en Champaña el 3 de mayo de 1835. Charles Petit, a quien conocemos ya como alumno de Mathieu de Dombasle, creó en el mismo lugar, en 1854, una de las primeras destilerías agrícolas de la región³⁰. En la generación siguiente, Henri Petit (1846-1926) acumula recompensas en la exposición Universal de 1878 así como en la de 1889³¹. El dinamismo de esta finca de 220 ha no se desmiente a comienzos del siglo XX. Será en Champaña donde Louis Petit (1881-1916), ingeniero agrónomo, titular de tres patentes de invención, en donde se llevarán a cabo, en noviembre de 1908, las primeras pruebas de un tractor agrícola ante el ministro de Agricultura. El mecánico que lo condujo, Henri Félix, en una entrevista que me otorgó a la edad de 94 años en 1984, recordaba también con emoción sus primeros arados Bajac. Con una segadora agavilladora *high tech*,

28 Archivos familiares Petit y, particularmente, Archivos Nacionales de Francia, MC, XXIX, 309, inventario del 17 de junio 1713; *ibid.*, XXIII, 732, inventario del 7 de junio de 1774.

29 *Bulletin de la société d'Agriculture de Seine-et-Oise*, 1824, pp. 47-48.

30 Archivo departamental Yvelines, 7 M 365, autorización prefectural del 14 de agosto de 1854.

31 Expediente de prima de honor de 1891.

recibida en 1902, y un nuevo tractor, autónomo, adoptado en 1912, Louis Petit y Henri Félix no pusieron ni diez días para hacer la cosecha de 1914: lo que fue muy útil porque el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial los llamó a ambos. Uno no regresó, murió en Verdún y el otro ya no volvió a trabajar más en Champaña.

o o o o o

Lejos de haber sido descalificada por el éxito de la pequeña explotación, la gran explotación agrícola representa no la única vía sino una de las vías privilegiadas del progreso agrícola, por lo menos mientras el modelo productivista tuvo viento en popa. Sus ventajas eran inigualables: alta formación cultural y profesional de los jefes de explotación, poderosas redes de información y de crédito, fuerte tradición familiar y apertura a los intercambios, inserción precoz en el capitalismo, importancia del ganado y las máquinas, control de tierras a largo plazo dentro de un marco familiar con contratos de largo plazo o mediante la adquisición de tierras gracias al crédito interno.

Fue en el seno de este gran cultivo donde se llevaron a cabo cambios notables: prados artificiales, betarraga azucarera y oleaginosos, en el plano de las producciones; máquinas de trilla y tractores, en el plano de la mecanización. Desde luego, de una región a otra, de una familia a otra, de un individuo a otro, la fuerza del cambio varió y hubo lugar para innovaciones provenientes de otros medios. De todos modos, estas familias de arrendatarios son para Francia el equivalente de los *junkers* prusianos y los *landlords* ingleses en la modernización de la agricultura europea.

Para medir bien este hecho habría que escrutar de más cerca todo el período 1830-1950. No cabe duda de que en ese entonces la gran explotación agrícola encontró en la historia francesa las condiciones más propicias para su auge. Puesto que, ¿se puede imaginar una «pequeña explotación rural triunfante³²» en la época de la Revolución Industrial? En la carrera al capitalismo, las ventajas de los grandes explotantes agrícolas no eran menores y es por falta de una síntesis específica que permanecen aun en los arcanos de la historia rural. Para poner en primer plano a estos grandes empresarios, habrá que reconstituir las redes y las dinastías: en el marco de monografías socioeconómicas se hacen necesarios estudios de grupos, que también presten atención a la reconstitución de las trayectorias individuales. Es otro campo de estudio en donde se requiere prosecución de trabajos e investigaciones.

N.B. Para cualquier complemento bibliográfico, véase: MORICEAU, Jean-Marc, *La terre et les Paysans aux XVII^e et XVIII^e siècle. Guide d'histoire agraire*, rennes, Association d'histoire des sociétés Rurales, «Bibliothèque d'Histoire rurale, 3», 1999, 320 pp.

32 Mayaud, 1999.